

CHARLES H. WOOD & BRYAN R. ROBERTS (eds.): *Rethinking Development in Latin America*. The Pennsylvania State University Press: University Park, Pennsylvania, 2005.

Este volumen recoge doce textos que procuran reformular los problemas centrales de América Latina al despuntar este siglo. Se presentaron en un encuentro auspiciado en 2001 por la Universidad de Florida, Gainesville, con la participación de investigadores estadounidenses y latinoamericanos especializados en las ciencias sociales. Este diálogo multidisciplinario intentó replantear cuestiones metodológicas y conceptuales de indisputable actualidad al calor de tres interrogantes cardinales.

El primero de ellos: ¿qué factores explican el declive de nociones teóricas (Wood y Roberts prefieren el vocablo “paradigmas”) que sirvieron en las últimas décadas para caracterizar el trayecto histórico-social de la región? El segundo: ¿cuáles son las ventajas de esta mudanza conceptual? El tercero: ¿cabe afirmar que hoy podemos ponderar este trayecto con superior nitidez que en tiempos idos?

Cinco de los doce ensayos se inspiran en la tradición y el lenguaje de la sociología; cuatro, en el análisis político; el resto alude a conceptos y hallazgos de la antropología, la demografía y la economía política. La ausencia de un historiador es acaso el defecto mayor de esta recopilación. Desafortunadamente, no es el único, como se verá.

En la introducción, Wood y Roberts puntualizan que el rápido empalme de América Latina en la globalización económica y cultural modifica los rasgos de las tendencias sociales que se estudiaron en las últimas décadas. Asuntos como la índole del crecimiento económico, las pautas de consumo, la estructura de los mercados laborales y las reacciones populares a gobiernos y políticas que muestran precaria cuando no nula sensibilidad social adquieren, merced a las interacciones globales, nuevas modalidades. En opinión de los editores, el tramo de 1950 a 1980 representa una “etapa dorada” en el desarrollo latinoamericano. Los compromisos de los gobiernos con la industrialización y con algunas reformas estructurales habrían diversificado la trama ocupacional y animado el crecimiento económico y la urbanización. Sin embargo, este incipiente capitalismo gestó también distorsiones, como el desempleo masivo y la exclusión étnica y social (p. 7).

Estos comentarios iniciales olvidan destacar que esos treinta años “dorados” alumbraron otros hechos no menos importantes, como regímenes autoritarios y represivos, que le quitan brillo a ese período. Tampoco aluden a la aparición de la Cuba revolucionaria que diversificó sustancialmente las opciones que se abrieron para una transformación estructural de las sociedades latinoamericanas.

El interés de los editores se concentra más bien en la índole de las categorías teóricas que entonces se propusieron, categorías que oscilaron entre el paradigma de la modernización, con raíces en el funcionalismo de T. Parsons, por un lado, y algunas versiones neomarxistas que cristalizaron entre los teóricos de la “dependencia”, por el otro. Opinan Wood y Roberts que la aplicación de medidas auspiciadas por el Consenso de Washington (1996) –que estimularon y legitimaron en la región diversas expresiones del liberalismo económico– convierte en imperativa la necesidad de explorar nuevos conceptos. Ambos se limitan a este llamado, esperando que los investigadores invitados al encuentro académico le den respuesta cabal. En rigor, sólo algunos de ellos participaron.

Sobresale en esta perspectiva el artículo de A. Portes. Lo inicia con un elogio a la impertinencia, apegándose a los trabajos epistemológicos de P. Bourdieu (cabe mencionar que ningún investigador europeo fue invitado a este encuentro, circunstancia que no impidió la referencia a innovaciones gestadas en París, Londres y Berlín). Portes reclama el atrevimiento intelectual, el desafío a nociones convencionales si en verdad se pretende un viraje teórico. Tarea ingrata, pues nadar a contracorriente irrita incluso a personas e instituciones que profesan retóricamente la necesidad de innovar. De todos modos, el autor arremete contra las “grandes narraciones” –por cierto, aún en boga– que pretendieron diagnosticar con exactitud todos los problemas regionales y habrían acarreado consecuencias nefastas. Una de ellas es el desaliento a los estudios empíricos como si el discurrir de estos “pensadores” de nuevo cuño fuera suficiente para entender a América Latina. Como resultado de este rechazo al prolijo escrutinio de los hechos, afirma Portes, los celebrados ideólogos, que no analistas sociales de la región, fueron constantemente sorprendidos por los acontecimientos; ninguna gran teoría pudo anticiparlos. Estas comprensivas nociones suplantaron a la realidad, se constituyeron más en lemas y denuncias que en instrumentos analíticos. Reificación que esterilizó la posibilidad de un justo diagnóstico. En lugar de estas deslucidas generalizaciones, Portes propone retornar y retomar a Max Weber y a Robert Merton, en particular las conceptualizaciones “de alcance medio” que buscan un equilibrio dinámico entre la indagación empírica y la elaboración teórica. En su opinión, ni las nociones neoliberales ni las “dependentistas” respetan este equilibrio. En este orden de ideas, Portes sugiere nuevos conceptos, como “capital social” y “estado weberiano” (p. 46) sin indicar de qué modo cabe operacionalizarlos y medirlos. Ausencia que no cancela el valor de sus apreciaciones críticas.

V. Farías complementa el examen de Portes al estudiar el caso particular de las ciencias sociales en Brasil. Al formar parte del “gobierno de profesores” implantado por el ex presidente Cardoso, Farías se pregunta cuál es la contribución tangible de las disciplinas sociales para mejor formular políticas públicas en su

país. La respuesta es ambivalente. Basándose en un cuestionario a 32 especialistas transmitido por correo electrónico, el autor constata el progreso innegable de estas disciplinas. Trabajarían en Brasil 325 grupos de investigadores con título de doctorado, absorbidos por más de 1500 proyectos. Estos estudios se alejan tanto de nociones neomarxistas vulgares como de la ingenuidad inscrita en las teorías de la modernización, circunstancia que Farías aplaude. Sin embargo, muchos de ellos incurrir en un excesivo empiricismo y en la estrechez parroquial (p. 82). Apenas aportan a la articulación de estrategias públicas válidas para todo el país. El sociólogo brasileño parece insinuar que estudios excesivamente pormenorizados huyen de la realidad no menos que las amplias prédicas ideológicas.

Los textos de Sunkel (largo y tedioso), B. Roberts, D. Davis y de J. P. Pérez Sáinz ponen acento en las fallas y distorsiones del neoliberalismo. Entre ellas: un bajo crecimiento económico, grave volatilidad financiera y el reparto desigual de derechos y oportunidades (p. 57). Ciertamente, cabe preguntar si estos fenómenos no se dieron *antes* de la liberalización económica. Los vicios del capitalismo latinoamericano (ninguno de los autores lo define, como si este sistema de organización social fuera igual en todas las latitudes y coyunturas) se manifiestan sombríamente en la ausencia de una ciudadanía real y legítima en América Latina. Cuanto más se aplica la lógica del libre mercado, los derechos individuales apenas emergen (p. 137). Para Roberts, ser “ciudadano” implica contar con empleo e ingreso estables; la pobreza y la incertidumbre esterilizan este concepto. No obstante, si la gravitación de los gobiernos en el quehacer económico se debilita conforme al predicado neoliberal, asoma la posibilidad de un fortalecimiento significativo de la sociedad civil. Davis atiende esta posibilidad insinuando que la globalización podría traer consigo el debilitamiento del estado nacional (p. 168), en particular si paralelamente auspicia la descentralización del poder y el estímulo de demandas sectoriales y regionales y sugiere que la irrupción zapatista es una señal en esta dirección (p. 176). Por su parte, Pérez Sáinz coloca el acento en el desempleo estructural que se manifiesta intensamente entre burócratas (debido a la creciente privatización) y obreros de escasa calificación. Los sindicatos pierden fuerza debido a la segmentación de los mercados laborales (p. 213). En este escenario, despuntan las posibilidades de la emigración transnacional como mecanismo individual y familiar de sobrevivencia (p. 229). A mi juicio, este autor podría haber añadido que las remesas desde la “diáspora” norteamericana y europea se han convertido hoy en países como México, los centroamericanos y los caribeños, en el mecanismo más eficaz para atenuar la pobreza e incluso para incentivar el crecimiento.

Los trabajos de A. Ariza y O. de Oliveira, de J. E. Potter y R. Tuirán Gutiérrez, de P. M. Ward y de Ch. H. Wood, aluden a temas demográficos y antropológicos.

La transición poblacional (alta fecundidad y breve esperanza de vida) habría concluido en América Latina. El número de hijos por pareja se contrae de un promedio de siete a tres; la planificación familiar es casi universal en la región al punto que la Iglesia atenúa o silencia hoy sus objeciones y, en fin, se amplía la independencia económica de la mujer facilitando separaciones y divorcios (p. 244). Se plantea en el presente otra preocupación: el ensanchamiento de las cohortes de la “tercera edad” (p. 268) en circunstancias en que la población joven no encuentra trabajo satisfactorio y fallan los sistemas de seguridad social. Así, este viraje demográfico no conlleva los efectos positivos documentados en otras sociedades. Se difunde, por el contrario, una “cultura de la pobreza” que se autopropaga a través de los asentamientos ilegales (p. 276), acentuando así los factores externos de la exclusión social.

Un ensayo de indudable interés pertenece a E. Jelin. Lo recorre un hilo hagiográfico y autobiográfico. Coincide con otros autores en que las teorías de la modernización y de la dependencia ya son ineptas para explicar la complicada realidad latinoamericana; pero diverge de ellos al señalar el tema de la violencia represiva y del terror ejercidos por diferentes gobiernos en las décadas recientes. Más que *la historia* de hechos atrae a Jelin *la memoria* colectiva de los hechos, es decir, qué se recuerda y qué se olvida, cuándo y cómo se rompe el silencio, y si estos actos conducen a una conciencia de “nunca más” que trabará la aparición de gobiernos represivos (p. 194). Cabe anticipar –insinúa Jelin, acaso con desmesurado optimismo– que el avivamiento de la memoria respecto a persecuciones y muertes ocasionadas en el pasado por el terrorismo gubernamental se constituirá en un antídoto eficiente.

Esta recopilación es útil e indispensable por las intenciones que la guían, aunque sus resultados están, en mi opinión, por debajo de las expectativas que despierta. Con frecuencia, los aportes pecan de las generalizaciones que dicen impugnar. En cualquier caso, además de las importantes preguntas metodológicas que los editores esbozan en el inicio del volumen, hay otras que debieron suscitar atención. Quizá la más importante: ¿es hoy América Latina un conjunto suficientemente homogéneo y convergente de modo que se justifican con amplitud las generalizaciones y los cotejos respecto de sus problemas? O más directamente: ¿existe *una* América Latina? ¿Se trata de una unidad legítima de estudio?

Otras preguntas que esta recopilación soslaya: ¿cuál será el efecto de las diásporas latinoamericanas que se están formando en países como Estados Unidos y España? ¿Hasta cuándo las remesas y las comunicaciones afectarán positivamente al país de origen del emigrante? ¿Se transformarán los emigrantes en grupos de presión que favorecerán la democracia en las sociedades que

abandonaron o las olvidarán definitivamente asimilándose a las sociedades que les dan hospitalidad?

No hay razones válidas para excusar el descarte de temas como Cuba, la difusión de las versiones protestantes en América Latina y el extendido tráfico de drogas. Profeso que el ascenso del castrismo en el pasado y la previsible desaparición de Fidel Castro en el futuro gestan nuevas realidades en toda la región. También es el caso, por un lado, de la profusión de los evangelismos protestantes que trae consigo alteraciones culturales y, por otro, la penetración de los barones de la droga en los sistemas políticos y financieros. Ausencias en este volumen que, sin embargo, no desmerecen su valor y pertinencia.

Joseph Hodara

Universidad de Bar Ilan

JOSÉ ANTONIO SÁNCHEZ ROMÁN: *La dulce crisis: estado, empresarios e industria azucarera en Tucumán (1853-1914)*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas – Universidad de Sevilla – Diputación de Sevilla, 2005.

La dulce crisis ofrece al lector un pormenorizado estudio de la industria azucarera tucumana en el período 1853-1914, mostrando cómo pudo la caña, un producto que no gozaba allí de las mejores condiciones naturales, convertirse en motor de la economía provincial y alcanzar cotas de tecnificación y beneficios sorprendentemente altos. Dos elementos resultan especialmente significativos en este libro: la riqueza y variedad de las fuentes consultadas y la contribución al debate sobre las consecuencias que el modelo agro-exportador tuvo sobre las industrias del interior. Como claramente demuestra Sánchez Román, en lugar de inhibir el sector industrial, el éxito de la producción de caña fue resultado directo del esplendor de ese modelo. Del mismo modo, fue indispensable para el triunfo de la industria azucarera el activo papel jugado por las elites tucumanas, que supieron negociar y obtener del estado argentino las condiciones que hicieron rentable la producción.

En cuanto a las fuentes, Sánchez Román ha recuperado material casi siempre inédito en archivos argentinos, británicos y norteamericanos con los que ha reconstruido la evolución de la industria azucarera. El estudio de series de créditos concedidos por los bancos a los empresarios cañeros, de diversas publicaciones periódicas, de documentos de la hacienda argentina o de informes de la banca extranjera le permiten documentar pormenorizadamente el contexto en que se desarrolló la caña. El lector podrá seguir en las páginas del libro, entre otros temas, la evolución de los créditos y sus efectos sobre la producción del dulce, el